

77
3.17273
866 Q-L
473

LEDE



BIOGRAFIA
DEL
LIBERTADOR

EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA - 1941



Al
sivamente
jurista
distinc
nombr
fic. son
prete de
i de al
en el
factor
Res
el
g
gu
publ
Orte
ir
nobl
ali
Be
Pat
am
tor
fede





Libertador Dominicano

BN

923.17293

T866-6e

1917

**BIOGRAFIA DEL GENERALISIMO
DOCTOR RAFAEL LEONIDAS
TRUJILLO MOLINA**

En la Villa de San Cristóbal, hoy ciudad cabecera de la Provincia Trujillo, cuya vida marcha resuelta por la vía ascendente del progreso, fué donde el día 24 de Octubre del año 1891, nació acariciado por sus brisas, el hombre extraordinario que debía ser más tarde, el Padre de la Patria del presente; el epónimo Conductor de su pueblo y el incomparable reconstructor de la República Dominicana, el Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina,

Compañía Onteja Miller - 1-3-71

Reg. No.

000081



Jefe Supremo del Partido Dominicano e Ilustre Benefactor de la Patria.

Cuarto hijo del matrimonio de Don José Trujillo Valdés, con Doña Julia Molina Chevalier, ambos profundamente queridos por la Sociedad dominicana, fué su abuelo paterno Don José Trujillo Monagas, pundonoroso militar español que se distinguió en las filas de la Madre Patria, frente a los revolucionarios de la Cuba de Martí y de Maceo, y también como funcionario recto y enérgico en el cumplimiento de sus sagrados deberes.

Este caballeroso militar de alta graduación, descendía del viejo tronco de los Trujillo, que extendió sus ramas por América en los días memorables de la conquista y de la colonización.

Respecto a la línea materna, los

Molina, han llevado su sangre a las arterias de muchas de las mejores familia de Santo Domingo; y los Chevalier, venidos de la Francia de Napoleón Bonaparte, descienden de aquel Marqués de Philburn, que según la versión más socorrida por la historia, formó parte del acompañamiento de Leclerc, esposo de Paulina Bonaparte, enviado por su hermano político, el Emperador de los franceses, para tomar posesión de la Isla, en virtud del Tratado de Basilea.

En un ambiente sencillo y de apacibilidad, se desarrolla la joven existencia del futuro héroe, y es su abuela Doña Luisa Erciná Chevalier, quien le enseña las primeras letras. Luego es discípulo de la Escuela de Don Pablo Barinas; y más tarde bajo la dirección de su tío Don

Plinio Pina Chevalier, se inicia como telegrafista; y luego obtiene una plaza de auxiliar en la Oficina telegráfica de San Cristóbal, y pasa poco tiempo después, a emplearse en la capital de la República.

Joven de fecunda visual y vasta inteligencia, aprendió en corto tiempo más de lo que realmente le enseñaron las Escuelas de aquella época; busca sus propias orientaciones, y en la inquietud de su espíritu de adolescente, se advierte la gestación del hombre del futuro.

Tiene la gran cualidad de estudiar sus propias fuerzas y sabe prepararlas para establecer las luchas de los años venideros, las cuales aguarda con plena confianza en esas fuerzas.

Hereda la noble generosidad de sus progenitores; siente ansias de



mejoramiento y loable ambición por destacarse en la obra de su esfuerzo ante sus compañeros, sobre los cuales adquiere fácilmente el predominio que es atributo de los seres superiores; se aparta de la Sociedad, como de un vicio vituperable, y se lanza siempre a nuevas iniciativas, en busca de campos propicios al ejercicio de sus extraordinarias facultades. Tiene visible preferencia por la agricultura y por la industria; le complace la compañía de los hombres de trabajo, únicos modelos que encuentra dignos de ser seguidos, y se señala en las labores con perfiles de capitán. A todos asombra y seduce la manera de conducirse este bravo mozo, a quien ningún camino es demasiado largo ni ninguna cuesta demasiado empinada. El deber es su religión; y

una inteligente actividad el rito de esa religión.

Con tales características y esas ejecutorias, traspone los límites de la adolescencia y se adentra en su juventud, sana y vigorosa.

Le toca vivir una Era en la cual las pasiones políticas, originadas en las divisiones partidaristas, hacen sentir sus efectos por doquiera, y así lo vamos a demostrar:

A Carlos F. Morales Languasco, ha sucedido en la Presidencia de la República, el General Ramón Cáceres; a éste, más tarde, como consecuencia de su trágico fin, Don Eladio Victoria; éste es reemplazado por Monseñor Adolfo A. Nouel; la renuncia de éste causa el ascenso del General José Bordas Valdés; derrocado Bordas, es designado como Presidente Provisional el Doctor

Báez; luego es electo Don Juan Isidro Jiménez, para desempeñar la primera Magistratura de la Nación; vése compelido el Presidente Jiménez a presentar renuncia, y llega el período de la ocupación del territorio dominicano por los Estados Unidos de Norte América, previa la efímera constitución de un gobierno presidido por el Doctor Francisco Henríquez y Carvajal.)

Todo ello, mezclado con cinco (5) revoluciones de importancia y otras revueltas menores.

Durante todo ese período sus simpatías pudieron ser atraídas por los caudillos en quienes creyó ver encarnados sus mejores ansias de bien nacional, sin que lo arrastrase la marejada; pero, tantos trastornos le sirvieron de aleccionadora experiencia, comprendió probablemente,

que el Estado necesitaba un Ejército bien preparado, equipado y disciplinado, que pusiera remedio al mal reinante en defensa de la estabilidad de las Instituciones; entendió que el arado del agricultor había menester el amparo firme del soldado, y ello despertó, quizás, sus aficiones militares.

El porvenir de la Patria era su obsesión.

Entró en la Academia militar establecida en Santo Domingo, como Cadete, y salió de ella graduado como 2do. Teniente; iniciando de ese modo su carrera de las armas. Su primer paso en ella, había sido dado de una manera brillante.

Se distingue por su consagración al cumplimiento de sus obligaciones; por su eficacia; por sus prendas de carácter; por su espíritu or-

ganizador, y ello de tal modo, que todos sus Directores lo encomian, que todos lo señalan como un futuro triunfador en las lides que la suerte le depare.

Sus ascensos son la consecuencia de lo que queda expuesto. Los grados de Primer Teniente, de Capitán, de Mayor, los va ganando sucesivamente. Llega un día del año 1924, en el cual al cesar la ocupación militar norteamericana, toma las riendas del poder el General Horacio Vásquez elegido Presidente de la República por las mayorías nacionales; y poco tiempo después, es elevado el actual Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, al grado de Coronel e investido con la Jefatura de la Policía Nacional Dominicana, cuerpo armado que sustituía entonces, al Ejército Nacional.



El joven hijo de San Cristóbal se entrega por completo a las actividades del cargo que se le había encomendado.

Con celo insuperable, con actividad que no sabe de fatigas, con eficiencia y con un espíritu de sacrificio poco comunes, su obra de cohesionamiento y de organización va tomando perfiles espléndidos.

El cuadro de Oficiales, es depurado de todo elemento indeseable, con el propósito de que el cuerpo armado, del cual se trata, no tenga colores políticos, y responda cabalmente al objeto de su creación.

La rigidez de la disciplina que se establece, no admite contemplaciones, pero al lado de ella, no se juzga incompatible poner la protección a todos, dentro de los deberes a los cuales todos han de atender; y por

esos caminos, se logra la obediencia sin la violencia, y el clamor de sus subordinados a su Ilustre Jefe, toma cada día mayor incremento.

El Gobierno entiende, con razón, que el sostenimiento de un Ejército es uno de los atributos de los Estados Soberanos; y la Policía Nacional Dominicana, es convertida en Ejército Nacional, bajo el mando inmediato del Coronel Trujillo; y transcurridos nuevos días, éste es ascendido al grado de General de Brigada.

La labor de organización continúa sin desmayos.

El bizarro General, emplea los mejores años de su juventud en la obra a la cual se ha consagrado.

En la Fortaleza Ozama hay alguien que no duerme; que no descansa, que no se divierte, que es

un eterno e insorprendible vigilante del orden, seguro sostén de la estabilidad gubernativa, una garantía para la tranquilidad de las familias.

El afecto del Ejército y su justa apreciación a la grandiosa obra que realiza su apuesto Jefe, lleva a oficiales, clases y soldados a pedir al Gobierno y obtener del mismo, la autorización para otorgar a ese Jefe, una medalla de honor, como merecido galardón de sus afanes; y el acto de imposición de dicha medalla se realiza con toda solemnidad y en medio del mayor entusiasmo.

Ya atraviesa los mares, y llega a otras playas, la fama de la labor que realiza el Benemérito Militar, encargado de organizar y dirigir el Ejército Nacional, y las condecoraciones extranjeras comienzan a lucir en su pecho, sin que el orgu-



llo altere el ritmo de su pulso, ni modifique las formas de su vida.

Sin que nadie pueda encontrar en el General Trujillo Molina, que los honores recibidos le hayan hecho cambiar el gesto ante sus soldados, —que ya se sienten sus hijos— le lleven a caer ni en un solo momento de descuido, o lo induzcan a olvidar el cumplimiento íntegro de todos sus deberes.

El Ejército es su obra, y él se siente satisfecho de ella; pero comprende que esa obra necesita seguir consumiendo todos sus desvelos, y no los escatima, sigue siendo el mismo hombre, el mismo Jefe sin debilidades; el mismo amigo de sus subalternos, el mismo leal servidor de las Instituciones.

El 23 de Febrero del 1930 se inicia, en la Ciudad de Santiago de los

Caballeros, un movimiento cívico que tiende a derrocar el Gobierno, se extiende por todo el Cibao y se dirige a la Capital de la República.

El General Trujillo Molina, se mantiene firme en su puesto, aunque el dolor de lo que acontece le ahoga, y aguarda las disposiciones del Gobierno pero éstas son vacilantes y confusas. Se le dictan órdenes, que son revocadas momentos después; se habla de resistir, con la fuerza, la oleada que se aproxima; pero no se acierta a dar forma definitiva a esa resistencia.

El desconcierto que había reinado en casi todos los momentos en las esferas gubernativas, impera también en este instante decisivo.

El Presidente Vásquez, comienza por buscar asilo en la Legación Norteamericana; pero, luego se arre-



piente, lo busca y lo encuentra en la Fortaleza Ozama, para salir, más tarde, de ella y volver a la Mansión Presidencial.

Las muchedumbres que vienen de las regiones cibaenas están ya en las murallas de la capital, capitaneadas por distinguidos Generales, y nada dispone el Gobierno, mientras tanto, otras poblaciones del Sur y del Este de la República se unen al movimiento.

Por fin, surgen en el ánimo del Presidente Vásquez, sus inexplicables simpatías por el hombre que se le enfrenta con las armas —Rafael Estrella Ureña—, no tiene inconveniente en llevarlo a su mesa, lo nombra Secretario de lo Interior y Policía, en medio del asombro general, renuncia la Presidencia de la República, como lo hace el Vicepre-

sidente Alfonseca; y por virtud de un canon constitucional viene a convertirse el flamante Secretario de Estado, en Presidente de la República, para continuar el período que había de terminar el 15 de Agosto de 1930.

El movimiento cívico triunfa por obra del mismo Pdte. Vásquez, y si ello es el efecto de la simpatía arriba expresada, o de su debilidad, o de su desaliento, la posteridad lo estudiará y lo decidirá.

El General Trujillo, renuncia del cargo de Jefe del Ejército y se retira a su hogar, los partidos confederados bajo la bandera de la revolución van a buscarlo y lo convencen de que sea su candidato para la Presidencia, y su nombre surgió de las Urnas Electorales para que él rigiera los destinos del país y

asumiera la tarea ardua de su reconstrucción.

Jura la Presidencia de la República el 16 de Agosto de 1930, y como si la naturaleza hubiera querido poner a prueba su valor, su patriotismo y sus energías, 18 días después del solemne Juramento de guardar y hacer respetar la constitución y las leyes, se desencadenan sobre la Ciudad Capital las furias apocalípticas de un horroroso ciclón que en pocas horas arruinó 4 siglos de civilización, convirtiendo en un montón de escombros la Capital moderna, centro de refinada cultura y exquisito confort.

Fué abatida la ciudad de Santo Domingo, los muertos y los heridos se contaron por millares, y las pérdidas de bienes fueron enormes y cuantiosas.

Todo fué abatido el día 3 de Septiembre de 1930, menos el espíritu del Generalísimo Trujillo, que supo crecerse y se creció ante la desgracia, convirtiéndose en el Padre de su pueblo.

Copió del mismo Dios el don de ubicuidad y estuvo en todas partes consolando, alentando, ayudando, fortaleciendo a los débiles, y repartiendo pan y confianza, venciendo la más difícil situación que confrontara jamás la vieja ciudad de los Colones.

La mala situación de la Hacienda Pública que fué la herencia recogida por el Generalísimo Trujillo, agravóse de punto. Los últimos años de la Administración que tuvo el país antes del advenimiento al Poder del Generalísimo Trujillo —pródiga en recursos— dió al pue-

blo un vasto programa de obras que no llegaron a realizarse y sin embargo, los millones se gastaron al extremo de que la Hacienda Pública se viera desquiciada.

El Generalísimo Trujillo, obrero silencioso y tenaz, en los 4 años de su primer gobierno, con la serenidad de un taumaturgo, sacó de la nada obras definitivas. Aquel Gobierno recibió la República llena de vida y la entregó al Generalísimo Trujillo, agonizante; éste la ha hecho vivir, la ha hecho prosperar por el trabajo, la ha hecho vivificar y la ha fortalecido.

La angustiosa situación económica aguzó los talentos y las iniciativas del Generalísimo. Con una rectitud insuperable y una abnegación sin ejemplo, entra a tajos en la fron-

da de las prebendas de la Ley del Presupuesto.

Hace él mismo los presupuestos de los años 1931, 1932, 1933 y 1934, y los cumple con puntualidad absoluta. Y sin empréstitos, con solo las economías que realiza en el caudal de los impuestos agotados por la crisis, hace la más laboriosa y eficiente de las administraciones que haya tenido el país; desarrolla e intensifica los sectores de la vida pública y siembra el territorio nacional de obras de progreso productivas.

En la vida pública, el Generalísimo Trujillo, se presenta a la contemplación del mundo como un gobernante excepcional.

Como natural complemento de la reorganización rentística del País, las obras públicas surgen por todas

partes y pregonan las excelencias del régimen constructivo que inspira y dirige con su genio, el Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina.

El Puerto de Ciudad Trujillo, Puentes, Carreteras, Escuelas, Colonias Agrícolas, distribución de terrenos a los campesinos que no las tienen, colonización fronteriza y esmerada atención a la Instrucción Pública; creación de Escuelas Domésticas de Artes Manuales, protección generosa y espléndida al libro; todo eso, y más que eso, así enumerado grandemente, explica como el Generalísimo Trujillo, ha sabido empinarse en el concierto de la historia de los gobernantes de América, destacándose su gran figura como la de un vencedor de imposibles. De ahí que el amor de su pueblo

ninguna pasión egoísta podrá torcer de rumbo.

La historia lo ha aprisionado entre sus páginas de oro y surge de ellas en el instante de vacilación y de angustia, cuando la cerrazón del cielo hacía temer que naufragase el ideal de la Patria Libre.

El Generalísimo Trujillo, se presenta a la contemplación del mundo, no solo como un espíritu animado de las fuerzas impulsivas del genio reconstructor de su país, sino, lo que es más, como un elemento pacifista que predica la Paz con su verbo y con el ejemplo.

Así le vemos levantar su voz cuando el conflicto de Leticia para concitar a Colombia y al Perú a deponer intereses en aras de la tranquilidad humana. Por eso, cuando se dirige a los beligerantes del Cha-

co, para exhortarlos a la paz, y cuando pide a todos los Presidentes de América intervenir en esa contienda, para poner fin al derramamiento de sangre americana, su voz es escuchada como la de un evangelista.

Esta ingente y trascendental labor rendida por el Generalísimo Trujillo, desde las gradas del Estado, le han granjeado el amor y la gratitud de su pueblo, que le ha tributado lo más excelsos homenajes.

Esa labor le ha valido el reconocimiento de numerosos Gobiernos e Instituciones del extranjero, que otorgándole sus condecoraciones, han enviado de este modo, su admiración y simpatías por un estadista, cuya obra de gobierno, no solamente ha dado bienestar y progreso a su pueblo, sino que ha propendido gallar-

damente al afianzamiento de la paz universal, a la efectividad de los más nobles ideales de la civilización y a la confraternidad de los pueblos.



**LA ENUNCIACION DE LA PALA-
BRA "TRUJILLO", PRONUNCIA-
DA POR CUALQUIER PERSONA,
ES UN ENUNCIADO DE PATRIO-
TISMO, Y CADA PERFIL DE SU
GRANDIOSA OBRA EVOCA LA
INMORTALIDAD DE SU GLORIO-
SO NOMBRE**

Así como los geólogos saben leer la edad de la tierra ante el solo hecho de poner sus ojos sobre una piedra cualquiera, las generaciones venideras sabrán leer en cada perfil de la obra reconstructiva del Benefactor de la Patria, Generalísimo

Rafael L. Trujillo Molina, la grandeza de esta Era que es una verdadera maravilla de adelantos sorprendentes.

De esta Era, que se agiganta frente a la posterioridad, como un sol de patriotismo, cuya poderosa luz desparrama sus fulgores espléndidos de lumínicos diamantes de paz a través de todos los horizontes internacionales y ostenta un verdadero y trascendental relieve de prestigioso brillo que surca todas las fronteras de los países ibero-americanos, pregonando el alto nivel de la civilización que rige en nuestro pueblo, pacífico, honesto y honrado.

De esta Era que revela a plena luz la grandeza de esta Patria libre, próspera y feliz y que da al país un verdadero triunfo soberano, una epopeya genial y esplendorosa, bajo el

bello palio de esta paz grandiosa, madre de la cultura, el progreso y la civilización que han desterrado para siempre de nuestra República la espesa sombra de la ignorancia que envolvió por muchos años la vida nacional.

De esta Era de encantadora idealidad que se agiganta en la pupila inquieta del observador, como uno de esos panoramas divinos que mientras más se miran más se ensanchan y agrandan; Era en que flamea airosa nuestra bandera cruzada y se mantiene más que nunca respetada y heroicamente levantada en el hermoso sitio de la dignidad y el decoro, poniendo sobre el foco de la visión un torrente luminoso que mientras más se extiende en la bóveda azul de nuestro cielo quisqueyano, más brilla, más titila, más

alumbra, y más se ensancha hacia el zenit arcano.

De esta Era que da a nuestro país, honor y gloria y ha creado esta Patria nueva, ennoblecida, próspera e independiente.

De esta Era inmortal de victorias luminosas que abrillanta el prestigio nacional; pregona el progreso que todo lo fecunda y ha levantado a un nivel superior el adelanto intelectual de nuestra nacionalidad, para sepultar en el postrer olvido los prejuicios que engendraron la estulticia ignara que hizo naufragar por muchos años el prestigio dignificador de nuestra República, hoy libre de errores, gracias a los magnos esfuerzos realizados por nuestro epónimo Conductor Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, quien ha interpretado fiel-

mente la gran filosofía de los hombres de la Convención francesa cuando muy bien dijeron en memorable fecha, que la ignorancia es el peor de los males que afligen la humanidad.

Tales son algunos de los benéficos resultados que se han derivado de la política que ha desarrollado el genio extraordinario del Benefactor de la Patria, para impulsar el progreso de la República y guiar al pueblo en el camino de una perfección político-social, cuya autenticidad está altamente justificada por múltiples acontecimientos de alto relieve que el mundo ha visto desfilar en perfectísimo orden en nuestro país, y los cuales la historia aprisiona en sus más brillantes páginas, para atestiguar a través de todos los tiempos la grandeza de esta Era to-

da cubierta con las glorias del más Ilustre dominicano, Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, cuyo prestigioso nombre constituye hoy la más admirable maravilla destacada bajo el cielo del archipié-lago antillano.

FUNDACION DEL PARTIDO DOMINICANO

Con la gloriosa fundación del poderoso Partido Dominicano, despuntó el alba de esta Patria Nueva, sonó la hora de la liberación nacional; se manifestó entre todos los dominicanos un anhelo general de mayor ilustración y cultura, y con la renovación político-social por consiguiente obtenida, en todo el país se ha logrado el despertar de la civilización, cuyos rayos refulgen sobre el negro fondo de la ignorancia del pasado.

Se puso en acción el más maravi-

lloso recurso del progreso que impulsa el auge de esta Era sembrada de glorias, y que a manera de una viva antorcha es un permanente torrente de luz arrojada sobre los horizontes internacionales, a través de los cuales es bien conocida la República Dominicana, cuyo alcance universal ha sido repetidas veces confirmado por destacados eruditos que aseveran que su reconstrucción es algo de lo que hay de más grande en la historia política del Ilustre estadista dominicano.

Se produjo la reacción que eleva la moralidad de los pueblos y de las personas que la practican; se preparó la República para regir sus propios destinos, y ahí está evidentemente justificado el bienestar colectivo en un grado superior de cultura, costumbres más morigeradas y

prosperidad general mayor acrecentada.

Se realizó el hermoso plan de redención nacional inspirado en el sentimiento patrio del Generalísimo Trujillo, puesto al servicio de la vida del país y se conquistó la confraternidad del pueblo dominicano.

Se implantó un sistema de gobierno en el Estado, cuyas leyes delinean los derechos y deberes de cada un ciudadano, no solo hacia ese mismo gobierno, sino también hacia su compatriota, para de este modo asegurar en mayor perfección el orden que debe existir entre la sociedad y la justicia, bajo el imperio de la Ley que regula la vida pública de los hombres.

Se enseñó a las masas populares a vivir confraternizadas por el amor a la Patria, y a la vez sostener es-

trecha y sincera relación político-social, para que sea mantenido en el país el noble ideal de sostener irreductible la defensa de la República y sus intereses frente a todos los eventos que puedan amenazar la tranquilidad nacional.

Tales son algunos de los benéficos resultados que desde la gloriosa fundación del poderoso Partido Dominicano disfruta la familia dominicana, gracias al Ilustrísimo Benefactor de la Patria, cuya política, noble y fecunda, para el progreso total del país, sostiene incólume la grandeza de esta Era toda cubierta con las glorias de su prestigioso nombre, justificado altamente por los múltiples acontecimiento de alto relieve que el mundo ha visto desfilar en perfectísimo orden en nuestro país, y los cuales la historia a-



prisiona en sus más brillantes páginas, para atestiguar a través de todos los tiempos la creación feliz de esta Patria Nueva.

Esta obra es digna de los más sobresalientes encomios, si se tiene en cuenta que nunca bastaron todos los esfuerzos unidos de todos los dominicanos, para hacer factible la realización de tan elevado ideal patrio, pues sabido es, que hubo hombres de talentos e influencia política en el pasado que quisieron halagar constantemente en nuestro país el pensamiento colectivo, empeñados en cristalizar la elevada idea de la confraternidad dominicana, pero que sus prédicas, faltas tal vez de lógica y de confianza, solo sirvieron para soplar e inflamar la llama del desprecio, y para alimentar los instintos del odio que contribuyeron pode-

rosamente a la disparidad del ideal nacional, al aislamiento de los pensamientos precursores del bien y fraccionar las masas populares hasta convertirlas en una docena de partidos sin principios que no hicieron más que fomentar las guerras intestinas, hijas de la ignorancia, donde naufragó por muchos años el prestigio de la República Dominicana.

Esta se había llenado de Líderes engreídos, de magnates codiciosos y de dioses, cada uno de los cuales necesitaba ser propiciado y para no incurrir en el desagrado de ninguno, el pueblo habíase dividido en diversos bandos políticos, para levantar el nombre de cualquiera de esos líderes, mientras la Patria agonizaba de dolor bajo tan groseros errores.

Pero, en medio de tan abominable y penosa situación política por que atravesaba la República, como una bendición de lo alto, como una Providencia, surgió Trujillo! Nuevas ideas se infiltraron en la sociedad sufrida y ultrajada... Un soplo de esperanza pasó sobre la frente atormentada de la Patria, y esa sublime esperanza se concentró, se encarnó en el magnánimo Pacificador de la República, en su reformador augusto y anhelado, en el vencedor de las potestadas del mal que como una llama devoradora siniestraba la moralidad dominicana, y ahí está unido todo el pueblo, admirablemente conducido como un solo hombre apoyado del brazo conductor de su admirado héroe, en cuyas manos está para siempre asegurada la paz, la seguridad de los

intereses nacionales, y en alto el prestigio sagrado de esta Patria Nueva.

Obra digna es ésta de los más sobresalientes encomios, repetimos, porque el transcurso de su bella historia cuajada de heroismos es el proceso de una serie de maravillosos esfuerzos realizados por su creador, cuya fuerza anímica lo caracteriza como el hombre extraordinario que resiste victoriosamente a cuantos problemas puedan rodearle, y soluciona con una responsabilidad absoluta, para continuar nivelando las injusticias sociales y políticas del pasado y sobre las ruinas de los gobiernos anteriores, mantener en alto el valor de esta Era de paz y progreso, fundada y desarrollada dentro de las más estrictas proporciones de la equidad y la justicia, y

en el firme propósito del bien nacional que asegura la mayor prosperidad de la familia dominicana.

Así solucionó nuestro Ilustrísimo Estadista el gran problema, y sus principios, difundidos en los preceptos de su obra política, han sido y continúan siendo la salvación del pueblo que lo sigue a través de todas sus salvadoras indicaciones fecundas y saludables.

El gran idealista, ha infiltrado en ella todo lo que encierra la excelcitud de su pensamiento predominante, para darle a su amada Patria la gloria de haber florecido radiante y llena de optimismo en los más elevados ideales que constituyen la grandeza de la República. Y es que en un país culto, es decir, con una masa algo dotada del sentido del aquilatamiento y de la ponderación

que proceden de la cultura de una política avanzada, no podía continuar un sistema político como el que tradicionalmente rigió en nuestra República.

Era por consiguiente, necesario implantar un sistema que entrañara principios de una política doctrinaria que el pueblo acogiera, entusiasmado y que la función de ésta con sentido de modernidad al ritmo de los tiempos, cabalmente ejecutara entre todos los dominicanos la tarea de la unión nacional, como actitud peculiar frente a la vida y así situarse en el terreno firme de la prosperidad colectiva.

Para el efecto el Generalísimo Dr. Trujillo Molina, Ilustre Benefactor de la Patria, hacia quien convergen tantas y tan prestigiosas admiraciones, vió las cosas con criterio filo-

sófico, puso al servicio de los acontecimientos políticos sus dotes de hombre extraordinario, de gobernante avanzado, y como una maravilla, la acción política se desarrolló libremente en toda la República, formando así un pueblo soberano, capaz, dueño de sí mismo, que sabe dar su opinión en las urnas y que acata de buen grado las leyes que regulan el desenvolvimiento nacional.

Un pueblo que ama la paz, el orden y el trabajo, y que emplea la totalidad de su fuerza en construir su propia grandeza económica, política y social. Que desdeñoso rehusa toda acción pretérita, y no solo se muestra capaz de concebir una iniciativa ideal y de ponerla en marcha, sino que decididamente concurrir y coopera al esfuerzo de las ini-

ciativas del poderoso Partido Dominicano, para promover con éste, siempre, una temperatura moral y espiritual más eficiente y depurada.

Por tanto el Benefactor de la Patria, al asumir los destinos de la República en el Partido Dominicano, creó la Junta Superior Directiva, con una clasificación concreta de un personal eficiente que se diera a la tarea de sostener sus principios y encaminarlos por los rumbos benéficos de esa política que permite a la sociedad y pueblo en general celebrar con alborozo su digna organización, recibiendo los beneficios a la vez, de una labor fecunda y desarrollada ampliamente en la función superadora que encumbra dignamente el sagrado nombre de esta Patria Nueva.

De igual modo creó las Juntas Pro-

vinciales y Comunales, que son centros de gran valor político para el mayor desarrollo de la acción cultural, política y social, cuya labor contributiva es de trascendental importancia para la firme ejecución de los planes de interés público donde se canalizan y se estimulan todos los principios de este poderoso Partido.

Centros dependientes de dicha Junta Superior Directiva, destinados para laborar en el desenvolvimiento de la vida política local, y para que el público pueda adquirir en la ejecución de los actos trascendentales que en ellos periódicamente se celebran, los conocimientos más útiles que emplea la referida Junta Superior Directiva para encauzar y dirigir los destinos políticos de la Nación. Para que el público pueda

darse cuenta exacta de la evolución de los principios básicos de solidaridad que sustenta el Partido y adapta a las necesidades del momento, transformándolos en normas ejecutivas de sus estatutos vigentes.

Para que, y de acuerdo con su entusiasmo y su preparación intelectual, todo interesado, pueda ampliar definitivamente su conocimiento, precisando el más mínimo detalle relativo a la difusión de la acción del socialismo político avanzado que se opera en esta elevada institución del pueblo, bajo la sabia y patriótica dirección de su Jefe Único y Supremo, el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, Ilustre Benefactor de la Patria y Conductor del pueblo dominicano.

Para que pueda todo ciudadano comprobar el conocimiento y la evo-



lución de este Partido, que es guía y estímulo de actividades y factor supremo en el desenvolvimiento político-social y de la confraternidad dominicana.

Para que todos los adeptos de esta entidad política puedan orientar sus opiniones y su actuación al tenor de las consecuencias que se derivan de los actos que se realizan en el movimiento político y cultural que más influencias tiene en el curso de su celebración.

Pues las Juntas del Partido Dominicano, ofrecen fuente inmejorable de información donde documentarse, a fin de avalorar con las debidas citas y anotaciones sus informes.

Son al mismo tiempo, estas Juntas, centros donde el intelectual puede dejar satisfecha su natural ansia de más saber, de manera pre-

cisa y metódica, siempre que dedique periódicamente y con entusiasmo algo de su numen a la emisión de sus conceptos políticos e intelectuales a la causa dignificadora del Partido Dominicano.

Del mismo modo son estas Juntas, centros propicios para todos los que deseen mejorar su inteligencia en la vida política del país, puedan además, ensanchando el radio de su propia experiencia, alternar idóneamente en las manifestaciones que se desarrollan políticamente en las múltiples actividades del poderoso Partido Dominicano.

Lo anteriormente dicho respecto a las Juntas de esta elevada institución política, da una idea clara del interés que ellas ofrecen como centros de refinamiento en el sentido político-cultural, que nos permiten

aseverar, que su labor reúne trascendental importancia para el auge de la política nacional al enorme prestigio de la actualidad que vive y cuyas consecuencias se dejan sentir cada vez más en todos los aspectos de la relaciones generales del país.

Las Juntas Provinciales y Comunales, son en su ardua misión la expresión genuina de los nobles esfuerzos que la Junta Superior Directiva desarrolla, para sostener constituida, firme e indisoluble la unidad moral y material de todos los dominicanos, en la solución de su vitalísimo problema ampliamente resuelto en la confraternidad efectiva del pueblo, que disfruta hoy una intensa vida de trabajo en sus sobresalientes y bien equilibradas labores políticas, para sostener esta-

ble esta Era de paz bendita, donde descansa la grandeza y preponderancia de la República y da tanto timbre de gloria a esta Patria Nueva.

Bien puede decirse que dichas Juntas al continuar el impulso dado por la Junta Superior Directiva, a los destinos de la política nacional, son las verdaderas encargadas de señalar el camino y las orientaciones que indica a seguir el Jefe Supremo, para sostener firme la grandeza y prosperidad del país en el curso de su marcha ininterrumpida por los senderos esplendorosos de su historia.

De ahí que sus respectivos Presidentes, encargados como están de presentar al público la obra política del Ilustre, Prominente y Extraordinario Estadista Generalísimo Dr.

Rafael L. Trujillo Molina, cuya reconocida competencia, fruto de su intensa vida de trabajo, y sus sobresalientes y bien equilibradas dotes mentales son altamente conocidas y estimadas de nuestros hombres cultos, y garantía firme de que esta evolución política de la República es digna consecuencia de su labor erudita, concienzuda y brillante, son personas consagradas al estudio e investigaciones de la historia nacional para conocer los grandes hechos que han contribuído al adelanto y bienestar del pueblo, que son las bases de nuestra cultura política, impulsada por el genio grandioso del creador augusto de esta Patria Nueva, Generalísimo Dr. Trujillo, cuya brillante obra es una perfecta fuente de inspiración para los grandes literatos, oradores, Jurispe-

ritos, periodistas, historiadores, escritores y en general todo hombre de letra que anhele encontrar motivos de alta trascendencia para ampliar sus experiencias y documentarse en la historia de su pueblo.

En armonía con ese esfuerzo patriótico que desenvuelve la Junta Superior Directiva hemos advertido en la mayoría de los Presidentes de Juntas del Partido, una labor política, adecuada, técnica, armónica, compulsora y compatible con las funciones orientadoras de la Junta Superior Directiva, para seguir con ésta conduciendo los destinos de la política del país, sin apartarse un instante ni en el más mínimo detalle de la fiel relación de los hechos cumpliendo a cabalidad sus órdenes y de manera admirable sus principios doctrinarios en su doble propó-

sito de centro político cultural, creados para el desarrollo de los altísimos intereses políticos del pueblo que ve en la obra magna del Partido, garantizados todos sus intereses, bajo leyes que son fuentes de orden y de equidad que lanzan el grandioso plan de la confraternidad dominicana guiada por una enseñanza y un ejemplo de incalculable valor para su actuación y desenvolvimiento en la vida.

Por tanto, esa cooperación fecunda, ardua, tensa y vital de parte de las Juntas del Partido hacia la Junta Superior Directiva, se hace cada día más necesaria en lo que respecta a la labor ordinaria que éstas tienen que realizar en razón de su cometido, para que surta siempre en mayor proporción en la práctica los efectos que el alto sentido pre-

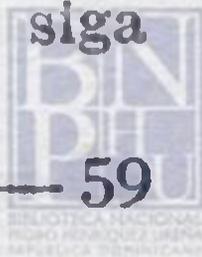
visor y la clara visión de propósitos del Jefe ha perseguido al crearlas y mantenerlas.

Para ello, dichas Juntas, en su elevada representación de la gran unión político-social instituída en el poderoso Partido Dominicano, tienen amplios poderes y vasto campo de acción, donde con acierto, y con claro sentido de la realidad de su cometido, puedan movilizar todas las fuerzas vivas radicadas en sus respectivas jurisdicciones, promover revistas seccionales, reuniones locales y distintos actos de interés público, para cooperar con entusiasmo, con rigor científico y con método en la ejecución de sus múltiples actividades.

Hay que intensificar cada vez más la acción político-social y sostener latente el entusiasmo, de modo que

éste alcance siempre a todos los dominicanos, y fundamentalmente hay que hacer sentir al pueblo y masas populares la realidad de que la política del Generalísimo Dr. Trujillo, tiende cada día más a beneficiar a la familia dominicana, entienden los Presidentes de todas las Juntas del Partido.

Por eso tienen ante sí una gran obra siempre a ejecutar, acaso más útil, más decisiva y trascendental que la emprendida en el orden interior, para impulsar con mayor acierto el alcance y el sentido de las relaciones políticas y los deberes y las responsabilidades que ellas incluyen, y rinden una labor digna y eficiente, para mantener esta etapa histórica vitalizada en la democracia, y que el pueblo siga vivificado acelerando su progreso y siga



obteniendo en ritmo vital una más amplia capacidad adquisitiva, para con mayor entusiasmo corresponder a la superación de su política, en equilibrio estable y a la acción de la política que el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina realiza en provecho de la nación.



EMBLEMA DEL PARTIDO DOMINICANO

Rectitud, Libertad, Trabajo y Moralidad, son las palabras emblemáticas del lema que sustenta el poderoso Partido Dominicano y el símbolo del nombre augusto del Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, que es en efecto la más descolante figura que admirablemente se destaca en las páginas gloriosas del gran libro de la Historia Nacional.

Rectitud, Libertad, Trabajo y Moralidad, son las normas de esta benemérita institución política, en la

cual se concentra como en un foco puro y ardiente, todo lo que encierra de grande el excelso ideal de esta Era gloriosa que ha consumado el gran plan de la salvación más completa y firme de la República Dominicana.

Rectitud, Libertad, Trabajo y Moralidad, son los principios que encierran los ideales más elevados que ante cualquiera otra filosofía política de nuestro país haya recogido en sus páginas la historia, para satisfacer esta triple necesidad del pueblo: Paz, Trabajo y Fraternidad.

Rectitud, Libertad, Trabajo y Moralidad, son en fin la más fiel revelación de los elevados principios que demarcan la ruta firme y recta por donde orienta el poderoso Partido la política nacional, bajo la sa-

bia dirección de su Jefe único y supremo, Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, Ilustre Benefactor de la Patria y Conductor de la familia dominicana.



B O L E T I N

ORGANO DEL PARTIDO

DOMINICANO

El Ilustre ciudadano Señor Don R. Paíno Pichardo, cuyo prestigio político-social se funda sólidamente en el grado superlativo de su leal cooperación, en su amplia capacidad intelectual y en su reconocido dinamismo, todo puesto, conjuntamente con su acrisolada honradez, al servicio del Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, y a su noble causa política, ha tenido a bien

encargarse de la dirección del periódico “Boletín del Partido Dominicano”, que perfila la historia de esta gran institución política en que se desenvuelve la vida nacional.

El Boletín del Partido Dominicano, es un periódico científico y documentado, que destaca en sus brillantes páginas el panorama del país, plenas de historia sorprendente y de grandeza social unida a la fiel relación de los hechos.

Este portavoz del Partido Dominicano, de este magno organismo político, logra presentar al lector una visión amena y más interesante que el más interesante de los relatos imaginativos de los grandes hechos de los grandes hombres de nuestra nacionalidad, cumpliendo de manera admirable su doble misión política y social como obra

cultural e interesante, científica y real.

Este Boletín, fruto de una sabia y no interrumpida labor, nos ofrece en todas sus ediciones cuadros interesantísimos de útiles obras de interés público y de importantes inauguraciones, narraciones llenas de vida en las cuales parece como que revive toda la muerta civilización del pasado de nuestra República ante la perseverancia del Generalísimo Dr. Trujillo, que ha rasgado el velo de la inercia, para abrir paso al progreso que evoca su glorioso nombre como el más grande de todos los grandes dominicanos y que da el justo relieve a los hechos de su pueblo, cuya historia narran entusiasmados insuperables escritores, brillantes oradores, insignes poetas, consagrados periodistas,

y todos los avanzados hombres de letras que sienten bullir en su mente un mundo inmenso de ideas, a la sola evocación del nombre Ilustre del Benefactor de la Patria, por quien la familia dominicana siente profunda admiración y rinde sus más extraordinarios homenajes en reconocimiento de su patriótica labor, que ha realizado el saludable despertar del país, a los estudios de una política renovadora, a las artes, a las letras, al adelanto actual de las instituciones, a la ennobecedora acción del trabajo, y a la máxima grandeza de la Patria, para sustituir al soñoliento estado de la vida nacional, acurrucada en la cuna del pasado en que reinaba la confusión de ideas y la indisciplina pública en las costumbres, para constituir este período interesante, lle-

no de gloria y de grandeza augustiana que desenvuelve con relieve de brillantez deslumbrante el sol que alumbra desde el zenit de esta Patria Nueva, la vida y el porvenir de la República.



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ URBINA
REPUBLICA DOMINICANA

CONFRATERNIDAD Y CULTURA POLITICA

El Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, Jefe Supremo y Unico del poderoso Partido Dominicano e Ilustre Benefactor de la Patria, precursor activísimo del engrandecimiento general del país, al asumir la Jefatura de esta benemérita institución partidarista fué quien echó los primeros cimientos de la confraternidad y la cultura que ha transformado la vida de la República para impulsar su progreso cada vez en mayor proporción y alcanzar un estado ideal de mayor

felicidad y prosperidad regidas por los principios que impulsan la difusión de la educación político-cultural en todos los contornos del país.

De ahí que todo lo noble, todo lo estable de carácter altruista y todo el grado superior del orden actual de que se siente orgullosa la sociedad dominicana, tiene su base firmemente asentada en la roca in-conmovible del poderoso Partido Dominicano, puesto que esos principios son los que han realizado las transformaciones más asombrosas en nuestra nacionalidad, para quien ya no parecía haber esperanza de renovación política ni social en el país.

Si hemos abogado en que del poderoso Partido Dominicano es de donde se deriva el grado superior

de la confraternidad dominicana y la cultura popular de nuestro país, es porque entendemos que la paz nacional es la verdadera acción constitutiva que sirve de base y apoyo para el desarrollo de todos los adelantos, progresos morales y materiales de la República y que el Partido es quien forma el verdadero ambiente donde se respira la concordia cultivada en esa confraternidad, para alcanzar el grado superior de la misma como única acción que puede elevar al hombre por encima de sí mismo a un plano de mayor cordura, debido a que todas las tendencias sediciosas, es decir, todos los principios de odios amenazantes, y la iniquidad preva- leciente, son frutos de la disparidad de los pueblos y raíz de todo lo que se llama mal, cuyos efectos de por

sí funestos no permiten la estabilidad de la paz pública y por consiguiente ninguna tendencia al progreso moral ni material, menos político, puede tener halagador desarrollo en el desenvolvimiento de nuestra vida política, desarrollada hoy en un ambiente de confraternidad, de armonía, de confianza, de justicia y de amor en nuestra República a impulso del poderoso Partido Dominicano que es donde cultiva el pueblo sus más puros sentimientos de paz; donde se confraterniza el alma nacional; donde tiene condensados la familia dominicana sus más elevados ideales de bien colectivo y donde tiene como una bendición de lo alto la República, el genio de Trujillo, cuyo espíritu soplado por el aliento de la Providencia, es la promesa más fecunda

que alienta el país, para seguir disfrutando de sus benéficas fructificaciones y del caudal fecundo de sus extraordinarias facultades decididamente puestas al servicio de su pueblo, en el cual tiene levantado un altar de eterna gratitud y de hecho es tan esencial el conocimiento de que el Benefactor de la Pátria ha levantado en su pueblo un altar de eterna gratitud, que dicha confraternidad nacional manifiesta el homenaje más esplendoroso y la consagración más solemne que pudiese recibir gobernante alguno.

**RESUMEN DE LA GLORIOSA O-
BRA POLITICO-RECONSTRUCTI-
VA QUE EN ESTA ERA DE PAZ
GRANDIOSA HA REALIZADO EL
ILUSTRE GENERALISIMO DR.
RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO
MOLINA, JEFE UNICO Y SUPRE-
MO DEL PARTIDO DOMINICANO,
BENEFACTOR DE LA PATRIA Y
RESTAURADOR DE LA ECONO-
MIA FINANCIERA DE LA
REPUBLICA**

Cuando en realidad, aún estaba
abierta como fauces de abismo in-

fernal la contienda desesperada de los bastardos degenerados intereses creados de políticos revolucionarios, de comerciantes quebrados, de delincuentes improcesados, de criminales animados de la fuerza de escapar para siempre a la sanción de sus crímenes y malversadores de los fondos públicos, libres de responsabilidad y de castigo. Cuando todo era denuedo y desesperación en la República Dominicana, y el pueblo clamaba por un orden que estableciera en la vida nacional una era de paz, de amor, de justicia, de honradez, de trabajo, de liberación social y de confraternidad pública, el Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, resuelto a poner fin a tan caótica situación y levantar el país a un estado de felicidad nacional, empuñó la vieja armadura

probada y desinterés, para llevar a cabo un plan de reformas fundamentales en beneficio del pueblo.

Así encauzó el porvenir de la República por una política inteligente, equilibrada, de coordinación científica, desenvuelta con prudencia, con honestidad y fundamentada en una observación y un estudio directo de las realidades y de las necesidades públicas, devolviendo a la nación, ya postrada por la guerra civil y por el proteccionismo político, su capacidad adquisitiva. Cambió el frente de los asuntos públicos, levantó una renovación genuina de los procedimientos políticos y administrativos de la técnica de gobierno; realizó una transformación integral en la entraña del régimen del Estado para desterrar los vicios de origen e implantar normas dig-



nificadores en el nivel moral del pueblo resucitado en la fe, para conquistar firmes realidades de fecundas bonanzas nacionales.

Hizo suscitar en la conciencia nacional el sentimiento de solidaridad y confianza que respalda al Gobierno para que la labor de éste sea fecunda.

Su política sabia y honrada, se tradujo de inmediato en una inyección de numerario que vitalizó la Hacienda Pública, favorable para emprender sin demora la tarea reconstructiva que veníamos clamando de los Estados anteriores, y extirpó el mal y destruyó todos aquellos factores nocivos que emprendieran la innoble tarea de mantener en un caos la vida nacional.

Compenetrado de que era necesario acometer una labor de reajus-

te implantando un presupuesto nacional que bastara a la buena marcha de la Administración Pública, con una burocracia técnica, bien depurada y bien pagada, a tiempo, eliminó todo gasto superfluo y estableció responsabilidad absoluta en el manejo de los fondos de la nación, forma esta como la tarea administrativa quedó en manos de un personal apto que sostiene la buena marcha del Estado.

Hoy los ingresos en el Tesoro Público son aplicados a obras de verdadero provecho nacional, a la intensificación de la agricultura y al fomento y proteccionismo industrial, a la creación de miles de escuelas y en una palabra, a iniciativas que se traducen en lo inmediato en oportunidades de trabajo y progreso para la República, a fin

de sostener consolidado un orden de vida próspera y estable, con beneficio para todos los dominicanos.

Amante de la cultura, el Genera-
lísimo Dr. Rafael L. Trujillo Moli-
na, enfocó certeramente a ésta, hi-
zo claridad en la conciencia pública,
y en los dominicanos ha subido con-
siderablemente el nivel cultural, im-
pulsado por los afanosos esfuerzos
del Benefactor, que siempre ha es-
tado y está preocupado por dar a
su país el mayor porcentaje posible
de ciudadanos cultos e intelectuales,
para que puedan lanzarse a la vi-
da, ya preparados para la lucha cuo-
tidiana y puedan triunfar honrada-
mente en ella.

Como Benefactor de la Patria, ha
propiciado ediciones copiosas de o-
bras intelectivas que se difunden
en todos los ámbitos de la nación

y muchos del extranjero; ediciones que divulgan las obras de los grandes maestros de la idea y orientan el pensamiento colectivo por los verdaderos senderos de la conciencia. Proteje las instituciones culturales donde se cultiva la idea y se enseña el saber, y auspicia con su propio peculio diversos ateneos donde se dictan conferencias de trascendentales principios políticos y sociales, se expone en acción lo más glorioso del pensamiento nacional, y de este modo, la cultura se difunde por todos los talleres de artes y oficios, por todas las aulas, en fin, por todos los lugares y en todas partes donde se reúnen masas dominicanas, está latente el ritmo de todo lo que es digno de ser conocido y de todo lo que es capaz de dar superación a la conciencia y de ha-

ser pensar que hay en la vida algo que es tan necesario como el pan; inundar de cultura los pueblos, para que el fruto de esa gestión lo recoja ya con bendiciones la generación venidera.

Hay que formar hombres cultos, ha pensado el Benefactor de la Patria.

Que sea culto el Doctor, y que lo sea el mero escribiente, que lo sean el comerciante y el industrial, como el vendedor ambulante y el obrero más modesto, para que el pueblo y masas populares sean elevados sobre un nivel que les conduzca a un mejor y más sensato entendimiento en el trato de las propias exigencias materiales y se encaucen por verdaderos derroteros de superación.

Por eso en su obra se refleja su

espíritu emprendedor, de cuyos méritos bien conocidos habla el éxito obtenido que pone en evidencia su elevado patriotismo.

El Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, es la fuerza reguladora y normativa que conduce la vida dominicana hasta una meta de quietud, de paz moral y orden público, o lo que es lo mismo, hasta un clima en que se realiza el ordenamiento general de la República, inspirado en el alto ideal de su patriotismo, para ajustar su política a una movilización de todas las tendencias públicas, y decidir con verdadera certeza la solución del problema nacional.

El carácter firme de su gobierno es la gran escuela para que los hombres que en él militan, concibieran planes tendientes al auge mayor de

la nación, acometiendo con brío cuantas reformas trascendentes son necesarias para contribuir facilitando el paso al adelanto, o lo que es lo mismo, empujando el carro del progreso, todo en provecho del pueblo dominicano.

En apoyo de esta aseveración, producto de nuestra observación y de nuestro conocimiento práctico de la mayor parte del país, queremos citar un hecho que puede comprobarse fácilmente: Si ahora tenemos en cuenta que la población de la República oscila entre un millón novecientos mil o dos millones de habitantes, y por otra parte fiamos en el testimonio de los que conocen de visu grandes regiones del país, quienes afirman que las que ayer fueron selvas vírgenes, están hoy convertidas en selvas de cacaotales

y cafetales, o en labranzas de frutos menores, y que de todos nuestros montes y llanuras emerge como un vaho de vida el humo de numerosos hogares, podemos concluir afirmando, que es absolutamente cierto que el desarrollo de la agricultura y del comercio en el país, se ha elevado poderosamente en el espíritu de paz y conservación de nuestros pobladores, a impulso de los nobles empeños realizados por nuestro Ilustre Conductor en su incesante y nabilísimo afán de encauzar el país por los senderos más luminosos de un progreso estable y cabal. El conuco cultivado de frutos menores que provee el sustento de la sencilla pareja campesina que ha averado su humilde choza al amor de uno de nuestros montes, es una fuerza de esa paz y una

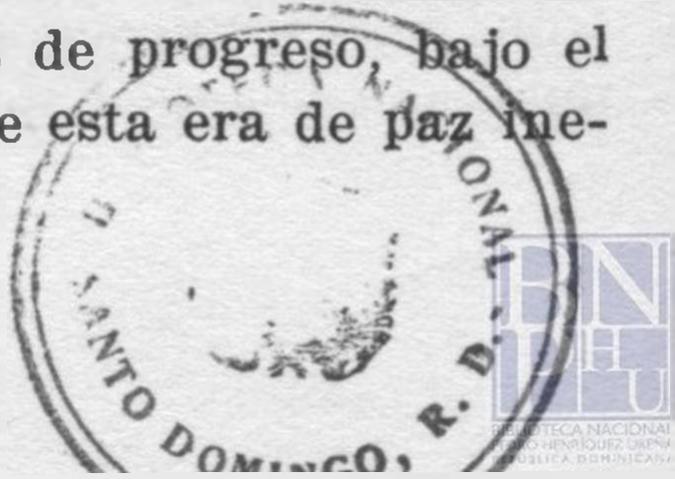
acción elocuente de la garantía que ella ofrece a los intereses y vida del pueblo dominicano.

Ayer nuestras masas campesinas sufrieron los más cruentos dolores en su desesperada inconformidad con los que en nombre del Poder o de la revolución les arrebataban sus intereses, les exasperaban con sus arbitrariedades y les quitaban el sosiego y hasta la vida. En su seno se encontraban por millares las madres desconsoladas que no volvieron a ver el hijo desaparecido para siempre en la contienda fratricida y las viudas sumidas en la miseria por la muerte del esposo en la revuelta de las guerras intestinas, y hoy esas mismas masas campesinas, contemplan sus labranzas bellas y lozanas que presentan en toda su extensión el aspecto de

un inmenso y variadísimo jardín; de un lozano jardín lleno de todos los hermosos dones que la mano bondadosa del trabajo puede prodigar.

Hoy pueden contemplar las praderas y los vergeles en flor, cargados de frutos, alternando agradablemente con los montes y los bosques, como también con los lagos y los ríos, cuyas aguas, impolutas, ya no son enrojecidas con la sangre fratricida.

Hoy pueden admirarse la fauna rara y rica, así como el deslumbrante plumaje y las dulces melodías de las aves, realzando con encantos infinitos las bellezas innumerables de esta tierra de promisión, donde el arado precursor del adelanto ha abierto surcos de progreso, bajo el sol radiante de esta era de paz in-



fable, de amor fraternal y de fecundo trabajo, que ha rescatado del dolor de las tragedias que envolvía en el manto negro de la muerte inesperada a esos buenos campesinos, gracias a los esfuerzos heroicos del Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, padre y Conductor de la familia dominicana.

La observación de los hechos y una visión clara de la realidad nos llevan a expresar estas experiencias: En efecto, los partidos políticos antes existentes en nuestra República, siempre hablaban de reformas mientras estuvieron en la oposición, pero cuando llegaban al Poder, o se olvidaban de sus promesas y no reformaban nada, o si reformaban, lo hacían por el patrón de su interés partidarista y nunca en beneficio del estado

tico que permitiera el desenvolvimiento de la nación y de las iniciativas individuales, engañando al pueblo y traicionando a los destinos de la Patria, pero los pueblos como los individuos tienen momentos decisivos en su destino que no pueden dejar pasar sin exponerse a las más graves consecuencias.

La República Dominicana se encontró entonces en uno de esos momentos dilemáticos de su historia y dando la espalda al pasado; se restableció el orden material en el país y se han implantado reformas salvadoras, al amparo de esta Era de glorias, de paz, de amor y de confraternidad.

Pero esta Era no hubiera podido desarrollarse nunca en nuestra nación, es decir, no hubiera surgido ni podía ser la obra de los partidos

políticos antes existentes que carecían de verdaderos hombres directores, capaces de resolver los difíciles problemas que confrontara conturbada la República.

Ya lo hemos dicho, no hubieran bastado todos los dominicanos juntos para hacer factible el ideal de crear una nueva Era, por falta de un hombre, cuyas ideas tenían que ser extraordinarias para ello.

Surgió Trujillo, y por encima de todas esas contingencias políticas, creó esta Patria Nueva que eterniza en sus páginas la historia para orgullo, gloria y prestigio de su nombre.

¿Pero pudo haber sido esta magna obra realizada por alguno de los partidos políticos del pasado, sin la ayuda de un hombre de carácter inflexible y bajo el control de una inteligencia de facultades extraor-



dinarias puestas desinteresadamente al servicio de la República?

Contestamos categóricamente, que no.

La observación de los hechos nos hace pensar de este modo.

Ahora, refiriéndonos especialmente de nuevo a la obra de esta Era de paz inmortal y gloria deslumbrante, para poner una vez más de relieve su extraordinaria magnitud en nuestra vida, no como formalismo impuesto a la fuerza, sino como principios brindados en la conciencia y que rigen inquebrantables hasta los intentos y deseos del corazón, no exageramos, pues, al decir que el Generalísimo Dr. Trujillo, ha creado una Era eterna. No exageramos al insistir en que es la única feliz de nuestra República, porque haciendo una revisión de va-

lores políticos del pasado al presente, se puede de ello estar fácilmente convencido.

No exageramos al hacer hincapié en la afirmación de que esa Era es inmortal, no solo en la historia sino también en sí misma, porque sus efectos y su nombre permanecerán en la vida de la nación a través de todos los años venideros.

Y no vacilamos en seguir proclamando esta verdad, porque sólo Trujillo, al crear dicha Era inmortalizada por su nombre y eternizada por sí misma y por la historia, ha abierto ante los ojos del mundo un panorama de paz y gloria deslumbrante en la República Dominicana.

Por consiguiente, esta es una de las nobles tareas realizadas tesoneramente por el Ilustre Benefactor

de la Patria, para solucionar esos intrincados problemas de carácter nacional que embarazan la ciencia de organizar y gobernar pueblos; los atavismos de la raza; las peculiaridades de la evolución histórica; las exigencias económicas; la ignorancia, la falta de conciencia pública; la relajación o austeridad de las costumbres sociales, y los hábitos políticos que ponderan favorable o adversamente sobre los efectos del sistema político y la suerte de las reformas constitucionales o legales de un pueblo.

Así es como ha triunfado el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, formando de su pueblo una verdadera institución política: el poderoso Partido Dominicano. Un gobierno en el cual la conciencia del deber y la probidad de sus fun-



cionarios son prendas seguras de la difusión de sus principios patrios, para obtenerse el fruto que precociza la teoría científica en los distintos órdenes de un Estado y pueblo estrecha y vigorosamente unidos por los lazos indisolubles de la razón, la justicia y la equidad, para sostener con éxito el decoro de la administración pública y el bienestar común como fórmula indispensable para mejorar la condición de la República, iniciado y en evolución constante desde los albores de esta Patria Nueva que derrama una poderosa influencia purificadora en la conciencia nacional dominicana.

Por tanto somos de opinión que de esa organización política del Estado sujeta y subordinada a los principios de sus elevados precep-

tos, es que se deriva el funcionamiento y desarrollo de todas las instituciones públicas de la nación, y se sostiene estable la paz de la República.

En él se realiza la salud general del pueblo, el milagro de sus esfuerzos, el goce y ejercicio de sus derechos inextinguibles. El municipio con el uso de la autonomía que le es propia, y la Provincia con la práctica constante e incoartable de su derecho a regir su propio destino dentro de los destinos generales de la colectividad nacional.

El del Presidente de la República al Gobernador de la Provincia y de éste al alcalde pedáneo, todo lo que demuestra el progreso adquirido por el pueblo dominicano en su nueva dirección política, su prosperidad social y su progreso moral

evidentemente manifestado en el desarrollo de su cultura, así como el gobierno en la administración de la rentas nacionales y su inversión útil en la apertura constante de vías de comunicación y transporte, en el establecimiento de estaciones de experimentaciones agrícolas, de escuelas de artes y oficios, de institutos agronómicos, en el establecimiento de Hospitales y de cárceles higiénicas en cada cabecera de Provincia.

En la supresión de loterías particulares y la creación de una gran lotería del Estado. En la parcelación de la propiedad territorial, en la supresión de todo empleo inútil y el pago merecido de los servicios necesarios, en la construcción de modernos y cuantiosos puentes y costosos canales de riego. En la

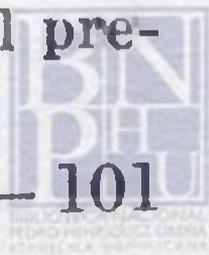
repartición de tierras del Estado a los campesinos que la necesitan; en la reparación de los puertos de San Pedro de Macorís, Azua, Montecristi y Puerto Plata, en el mejoramiento de las vías telefónicas que dan rápida y segura comunicación en casi toda la República. En la inauguración a cada momento de obras de sumo interés público, tales como acueductos y edificios para instalaciones de oficinas del Gobierno.

En la creación de algunas villas en comunes y éstas últimas en Provincias y la gran obra del Puerto de Ciudad Trujillo, orgullo nacional, y la cual concentra el mayor grado de progreso material de la República y el más excelso ideal del Benefactor de la Patria en su noble afán de embellecimiento nacional. Tal es la solución que el genio creador



del Generalísimo Dr. Trujillo, ha realizado para su grandiosa obra. Tal es la opinión que han adoptado distintos comentadores de su distinguida personalidad, después de estudiar cuidadosamente los grandes rasgos que se caracterizan en su procera individualidad.

En una palabra, después de penetrar con nuestra mente en el seno profundo del sincero esfuerzo de este extraordinario profesor de energías, hasta el centro mismo de su inmenso y glorioso patriotismo, hemos podido entrever a través de nuestra débil comprensión, los extraordinarios dones deslumbrantes de esplendor e inteligencia que giran en la fuerza potencial de su espíritu que todo lo crea y realiza por su propio deseo, nos tomamos pues la libertad de exteriorizar en el pre-



sente resumen nuestros conceptos sobre la grandiosa obra reconstructiva que realiza tan excelso creador y cantar las maravillas de las obras grandiosas que ha realizado en el ambiente de nuestra República, en el cual ha hecho reinar la perfección de su elevado genio que ocupa un puesto elevadísimo en todo lo noble, en todo lo estable y en todo lo altruista de que puede enorgullecerse nuestra Patria.

Por tan poderosa razón se destaca el hecho de que el Generalísimo Dr. Trujillo, es un verdadero carácter y el primero en nuestro país en presentar y hacer factible el ideal de la libertad y la fraternidad de la familia dominicana, por lo que entendemos que su misión no ha consistido solamente en un verdadero estadista, un buen maestro político,

un perfecto militar, un admirable organizador de las instituciones del Estado, un decidido conductor de su pueblo y un Jefe y director de la política nacional.

El Benefactor de la Patria, es además un excelso Taumaturgo, cuyo poder emplea para realizar obras altruistas, aliviar necesidades humanas y dirigir por doquiera sus vivificadoras enseñanzas, de donde se desprende la idea, de que él está privilegiadamente dotado de un alto espíritu y de un excelso ideal, cuyo objeto primordial ante el pueblo no está concentrado solamente en mostrar nuevos derroteros políticos a los dominicanos, sino más bien ser un perfecto Padre de la Patria, hecho este probado en sus diversas actividades, donde se vislumbra el cumplimiento perfecto de es-

tas faces del mayor carácter que aparece en nuestra historia.

Para comprender y medir la grandeza de Trujillo, hay que considerarle en ese su verdadero carácter de Padre de la Patria, y así desde este punto de vista apreciar, no solo todas las faces de sus actividades políticas, sino también como salvador de su pueblo, ya que sus planes predestinados tienen por objeto la manifestación del ideal que realiza el anhelo de la confraternidad nacional que tanto se distingue en la historia por la fuerza con que sentía esa necesidad la familia dominicana, para consumar el plan de la prosperidad en general del país.

El salvador de su pueblo, porque lo redimió del caos en el preciso momento en que se desarrollaban en el seno de la impotencia y de la ab-

yección nacional, aspiraciones sediciosas, tiranía, excepticismo y corrupción, que agobiaban a la República, exhalando un largo suspiro de cansancio y angustias bajo el fardo pesado de una inercia comercial, económica y social, mantenida por los poderes públicos que habían dissipado de la hacienda del Estado los dineros para cubrir necesidades personales en perjuicio evidente del pueblo y de las arcas nacionales, y en beneficio de politiqueros engreídos, revolucionarios, comerciantes concupiscentes, usureros inescrupulosos y demás especuladores del género.

Tenemos pues, que hoy la mayoría del pueblo dominicano, amante de la paz, y compenetrado de estas poderosas razones e inequívoca verdad, sigue a Trujillo como su único



conductor, y por consiguiente acepta de buen grado todas sus disposiciones, en la confianza de que esas disposiciones son una ayuda positiva para el sostenimiento del orden político, social y financiero, a cuyo amparo está garantizado y protegido en su vida y en su hacienda.

Conductor de su pueblo, porque se ha hecho acreedor a que éste lo siga en todas sus patrióticas actividades que le han hecho triunfar completamente, estabilizando la armonía, la paz y la confraternidad en la República; sirviendo de guía para sus conciudadanos en el camino de la prosperidad nacional; porque lleva a la familia dominicana al estado de perfección deseado, conduciéndola de vuelta al amor de la Patria y de la paz que habían sido abandonadas; porque su objeto es

enseñar a triunfar á su pueblo y mostrarle el camino del bien; fuente de toda la vida.

Hemos visto que considerado este punto, lo que dejamos dicho de él no carece de lógica, y su autenticidad queda garantizada por la apreciación justa que le dispensa la conciencia pública.

El hecho es que aún descontando lo que es para nosotros incomprendible, y sin tratar de darle una interpretación forzada, se patentiza en una acción tan bien coligada, tan clara y tan potente en resultados verídicos para convencer a cualquiera, que todo aquel que la aprecie desapasionadamente y con el sincero deseo de conocer uno de los principales motivos que constituyen la felicidad dominicana, no le queda más remedio que reconocer en tan

meritorio y elevado personaje el verdadero y único conductor de su pueblo, en el cual ha concentrado su espíritu, su talento y su amor para el triunfo de esta Patria Nueva, que es la más deslumbrante página de su historia.

En ella es donde resume la vida nacional su constante lucha precursora del bien colectivo, así como el auge de la fuerza del progreso general que se desarrolla en el país bajo las normas que le traza el Generalísimo, para solucionar el problema de los conflictos más difíciles, y conseguir que el pueblo dominicano sea enteramente feliz y pueda resolver toda buena obra que emprenda.

Comprendiendo que este es uno de los supremos ideales de nuestro único Jefe, es que hemos hecho notar

naturalmente el carácter sublime de sus enseñanzas, su superioridad personal, la lógica con que resuelve los diversos asuntos de su alta política, la autoridad con que realiza toda cuestión de interés nacional en beneficio del país, como también la manera infalible en que se cumplen sus teorías, cuyo efecto, directo en el corazón de su pueblo da el resultado benéfico que ha ejercido a través de su gloriosa etapa, sobre cuantos aceptasen y practicasen esas beneficiosas enseñanzas.

Por eso, esta Era histórica y gloriosa porque atraviesa la República Dominicana; en que toda noción de civismo y de cultura late vigorosamente en el cerebro de nuestra nacionalidad al empuje vital de la civilización actual y la paz que impera en todo el ambiente nacional,

esta Era en que se desarrolla el espíritu y el cultivo intelectual, es la Era que necesitamos sostener viva y ardiente, para que todos los dominicanos sigan como hasta hoy disfrutando de la tranquilidad, la confianza, la fe, la seriedad y la circunspección, así como de la instrucción que aporta la buena enseñanza donde el pueblo cambia su analfabetismo ribeteado de arrestos de ignorancia por la cultura que desarrolla la acción de la pluma que ilustra, la tribuna que deleita enseñando, el periódico que nos pone en conocimiento con el mundo exterior, y el libro científico que aumenta el acervo de nuestros conocimientos, pues la cultura en cualquiera de sus manifestaciones contribuye poderosamente al desarrollo intelectual de los pueblos, sobre



todo cuando los encargados de difundirla hacen reflejar la luz de su talento sobre las masas ineducadas, para que éstas lleguen a morigerar sus instintos y a saber obedecer las leyes, base de la tranquilidad pública.

El Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, Jefe Supremo de todas las fuerzas armadas nacionales, Ilustre Benefactor de la Patria, precursor activísimo del engrandecimiento general de la República Dominicana, al introducir las valiosas reformas en las prestigiosas Instituciones del Ejército y la Policía Nacional, fué quien echó los primeros cimientos de su trascendental organización, para levantarlas al nivel superior en que se desarrollan regidas por los principios que impulsan la acción que

sostiene estable en todo el país, esta paz histórica, grande por sus saludables consecuencias en bien de la colectividad nacional que alcanza un estado ideal de felicidad y prosperidad que ha transformado la vida de la República para sostener incólume el nombre sagrado de la Patria.

Por eso todo el grado superior del orden moral actual de que se siente orgullosa la sociedad y pueblo en general, tiene la base firmemente asentada en estas dos elevadas y nobles Instituciones, puesto que ellas son las que han realizado las transformaciones más asombrosas en nuestra nacionalidad, que vive esta Era de Paz y disfruta felizmente sus saludables consecuencias.

Del Ejército y la Policía Nacio-

nal, es de donde se deriva el grado superior del orden público existente en nuestro país, ya que la paz nacional es la obra por excelencia de manera profunda y ardua que ha resuelto este problema casi insoluble en la República Dominicana: la estabilidad de los principios que rigen el ideal nacional inspirado en el sentido de la realización de toda acción tendiente al progreso general del país, para sostener viva y latente la obra de la reconstrucción nacional, emprendida y mantenida, fuerte y vigorosa por el Ilustre Generalísimo Dr. Trujillo Molina.

El Ejército y la Policía Nacional son la piedra angular que sirve de base para el auge y desarrollo progresivo del país, repetimos, porque sus fuerzas regulan el orden y

la paz pública, para asegurar la tranquilidad nacional que permite el encauzamiento de la República, cuya transformación integral en todas sus actividades tendientes a impulsar normas orientadoras le ha hecho adquirir su capacidad adquisitiva y cambiar el frente de sus asuntos de intereses públicos, para conquistar firmes realidades de fecundas bonanzas nacionales.

**OBRAS PUBLICADAS POR
EL AUTOR:**

“Renovación Política”.

“Trujillo y San Cristóbal”.

**“Trujillo y el Partido
Dominicano”. (1)**

En preparación:

**El Policía Nacional en la Era
de Trujillo.**

(1) Ese fué el título de la edición anterior de este mismo libro.

LIBRO DE CUENTAS DE LA

CAJERÍA DE



